

«Faltaban dos. ¿Se habían ahogado? ¿Habían logrado ganar la costa? No tardaría en saberse. Por el momento, y por medio de señales, se dió orden á las embarcaciones exploradoras de que se reuniesen de nuevo á la fragata.

«A las cinco de la mañana volvimos á la batería, y yo á ocupar mi sitio acostumbrado debajo del tragaluz, recompuesto y armado de nuevas barras de hierro. Se nos dijo que durante quince días estábamos privados de la ración de vino y café que se sirve á los deportados por la mañana.

—«Yo no bebo nunca vino, y el café me excita—dijo Jagon.

«Y era verdad. Muchas veces le había visto ceder á algunos de los deportados su vino, y la mayor parte de sus raciones. Es un hombre de extraordinaria sobriedad y de temperamento ascético.

«La privación del vino y del café no bastaba. Como era imposible dar con los verdaderos cómplices en la fuga, se resolvió hacer responsables á los que habían fingido la disputa en el momento en que aquélla se verificaba. Esto era justo, puesto que la fingida cuestión no había tenido otro objeto que distraer la atención de los vigilantes.

«Unos fueron condenados á los hierros, otros á palos. El calabozo de cala se destinaba á los fugitivos; pero éste no era el calabozo ordinario, donde al menos puede el preso echarse en el suelo: era el calabozo con las balas, la caja de las balas, es decir, el calabozo en que el

suelo es reemplazado por balas de cañón. Se toma asiento, se anda y se duerme sobre las balas, suplicio insufrible que hace temblar á los más endurecidos y á los más insensibles al dolor. Sin embargo, los deportados no tenían por qué quejarse del comandante. Otro los hubiera fusilado.

«Al siguiente día, la marea arrojó en el puerto de Santa Cruz los cadáveres de los dos últimos fugitivos. Uno se había ahogado antes de ganar la costa; el otro, al llegar á tierra, se había destrozado la cabeza contra las rocas.

«Al mediodía, la fragata levantó anclas y se hizo á la mar. Las tentativas de fuga habían indudablemente modificado los propósitos del comandante, que hizo menor escala en Tenerife de la que pensaba.

XXV

«Jagon fué el único que sacó partido de la tentativa de fuga. Todos recordaban sus esfuerzos hechos por convencer á los fugitivos de lo imposible de sus proyectos, y sobre todo sus predicciones sobre el resultado que alcanzaria la evasión.

«Todas, una por una, habíanse realizado, dando el resultado mayor consideración al que las había hecho. Los deportados comprendieron que Jagon era un hombre superior á ellos en inteligencia y en educación, experimentado en

el país hacia el cual nos dirigíamos, y que podía prestar grandes servicios á aquellos á quienes quisiera proteger. Comprendióse también que era hombre de resolución, intrépido, y que, el día en que formara un proyecto serio, sabría realizarlo.

«Desde entonces, cuando habla, se hace círculo á su alrededor; se le escucha sin interrupción, y cosa rara, mejor aún, característica entre nosotros, nadie se atreve á hablarle de *tú*. Antes por el contrario, algunos, en vez de llamarle Jagon, le llaman *señor Jagon*. No creo que él da valor alguno á estas pruebas de deferencia, pero seguramente es celoso de la autoridad que ejerce. Comprende que puede servirle en adelante para intentar alguna gran aventura ó para formar un plan de evasión sin peligro.

«Mientras este momento llega, presta á los que solicitan su concurso verdaderos servicios. Redacta peticiones que los deportados quieren entregar á las autoridades de Noumea, escribe cartas á los que no saben escribir, y se encarga de hacerlas llegar á Europa cuando entramos en cualquier puerto.

«Si quisiera, en vez de trabajar para nosotros, cosa que no le produce nada, podía estar empleado en el puente en una dependencia y gozar de una libertad relativa, de una alimentación mejor y de otras ventajas preciosas en nuestra condición. Conócese su nombre, su proceso, su historia, y se sabe que ha sido empleado como escribiente en París. Su letra es hermosa, su inteligencia reconocida, y el co-

mandante le ha propuesto copias de relaciones y teneduría de libros.

«Jagon no aceptó, diciendo:

«—No quiero abandonar á mis compañeros, que necesitan de mí. Les aconsejo, les doy ánimo y les exhorto á la paciencia y á la resignación. ¿Cómo abandonarlos por servir á quienes tienen como misión conducirme al *Bañó* y hacerme expiar un crimen que no he cometido?

«Porque Jagon protesta siempre de su inocencia, y, lo que es curioso, entre nosotros empieza á dársele crédito. En la tripulación, y aun entre los oficiales, se duda. No hace mucho oí decir á uno de los jefes:

«—Estoy convencido de que entre los deportados hay un nuevo Lesurques.

«Me estremecí, creyendo que se trataba de mí... pero hablaban de él; oí pronunciar su nombre.

«Momentos hay en que dudo también. Alzanse en contra mía pruebas terribles, y, sin embargo, soy inocente. ¿Por qué no ha de serlo él también?

«¡No... no! Pienso como tú, querida mía. Tú no puedes engañarte... tú has dicho: *¡Es él!*... La señorita Guérin, tu protectora, ha dicho también: *¡Es él!*, y ambas tenéis razón.

«Perdóname este momento de debilidad. ¡Estan fuerte este hombre!...

«¡Ha llegado á hacerme dudar de su culpabilidad, á mí que soy su víctima!

.....
«La fragata ha tocado en las islas del Cabo

Verde, pero no ha hecho escala. El comandante teme nuevas evasiones.

«Estamos en pleno Océano, á muchos cientos de leguas de las costas, casi á igual distancia de Africa que de América.

«Créese á bordo que no nos detendremos en el Cabo y que pasaremos directamente, sin escala, del Océano Atlántico al Mar de las Indias.

«El viaje durará aún tres meses con viento favorable.

«Un calor terrible ha venido á aumentar nuestras penalidades. Hacinados como estamos, no es difícil darse idea de lo que es la estancia en la batería en un tiempo semejante.

«Ayer se me acercó Jagon y me dijo:

«—Estás triste, Blanchard.

«—Mis razones tengo.

«—El tiempo es magnífico, las vistas soberbias, y viajas á expensas del Estado—me replicó.

«Le volví la espalda y quise alejarme. Jagon me detuvo y añadió:

«—No creas que me burlo... Digo lo que pienso. Me agrada la vida de á bordo y quisiera que pensaras como yo. Sufrirías menos. ¿Qué echas de menos?... Dilo.

«—Todo; y en primer lugar...

«—Tu amada, tu mujer. Pues bien, volverás á verla. Vive con esta idea y no pienses más que en esto: *Es preciso verla... quiero volverla á ver.* Tus dolores físicos desaparecerán y el espíritu triunfará de la materia. Perseguir una idea, eso es todo. Yo la persigo, y todo lo que no es esta idea me es indiferente. Si—

continuó animándose;—tengo, como tú, un gran afecto por una mujer... pero tu afecto por la tuya te debilita y entristece, y el que yo profeso á la mía me da valor, paciencia y fortaleza.

«Como guardara silencio, asombrado de sus palabras, que no comprendía, pero que no olvidaré, continuó con una expansión sin ejemplo:

«—Dijiste el otro día que no deseabas mi muerte, y dijiste bien. Es posible que, andando el tiempo, haga algo por ti. No me preguntes, no me interrogues, porque no he de contestarte: si tú no deseas que muera, yo deseo que vivas. Un acontecimiento puede llamarme á Francia... uno solo. Entonces necesitaré de ti, y partiremos juntos.

«No me atrevía á hablar. Parecíame que sus palabras eran una especie de confesión, y me decía: *Si le interrumpo, si le interrogo, se marchará.*

«Sin embargo, al cabo de un rato le hice observar que hablaba de volver á Francia y llevarme con él, como si gozara de libertad y no fuese un preso.

«—¡Preso! ¡y qué! El día que resuelva abandonar á Nueva-Caledonia, nadie se opondrá. Tengo preparada mi fuga—dijo bajando la voz.—Poco á poco convierto en cómplices míos, en servidores, en esclavos á cuantos me rodean. Tendrán en mí una fe ciega, y la comunicarán á los cinco mil deportados con quienes vamos á reunirnos. Seré dueño del Baño, y siendo dueño...

«No concluyó la frase, y le hice notar nuevamente que, según lo que se decía, era imposible fugarse de Nueva-Caledonia.

«—¡Imposible! — me replicó. — No conozco esa palabra.

«Después, más tranquilo, dijo:

«—No había de fugarme del *Baño* propiamente dicho, de la penitenciaría de Nou, enfrente de Noumea, donde estaremos pronto; pero espero ser destinado á tierra firme, á la orilla del mar, en algún campo de experimentación, desde donde las fugas son más fáciles; con una barca se llega en pocos días á la Australia, y pronto á Europa, en cualquier buque extranjero.

«—Pero— insistí— para abandonar la penitenciaría de Nou es preciso distinguirse por su buena conducta.

«—Me distinguiré. ¿Para qué luchar cuando se es débil? Es mejor acercarse á los fuertes, captarse sus simpatías y obligarles á decir: *En Francia se han equivocado con respecto á este hombre; quizá es inocente; seamos indulgentes con él.* Y, mientras así piensan, yo pienso á mi vez en la fuga. Mira si soy prevenido.

«No necesitaba decirlo. Lo sabía.

«Han pasado dos meses, durante los cuales no he tenido valor ni fuerzas para añadir algunas líneas á esta carta.

«El mal tiempo que sufrimos al Sur del Cabo; los calores espantosos del mar de las Indias después, y los dolores de todo género, nos han medio destruído.

«Por fin llegamos. Hemos visto ya el faro de la isla Amedea. Mañana, sin duda alguna, entraremos en la gran rada de Noumea y me reuniré en la penitenciaría con los nuevos compañeros que debo á la suerte.

«Ruega por mí, mujer querida, y recibe un abrazo de corazón. ¡Adiós!

«¿Llegará á tu poder la carta? Jagon, á quien las entregamos, asegura que saldrán con igual facilidad que si las remitiera el comandante de á bordo ó el gobernador de Nueva-Caledonia».

XXVI

El día en que se tuvo noticia en París de la llegada á Nueva-Caledonia de los antiguos detenidos de la Grand-Roquette, uno de sus compañeros, Loustalot, conocido por *La Jugeotte*, salía de la cárcel.

Había expiado la pena de un año de reclusión á que había sido condenado, y se apresuró á recobrar su libertad. Previsto este deseo, uno de los más naturales, y estando todos sus documentos en regla, no tuvo inconveniente el director en que se le satisficiera en el acto.

Loustalot tenía su encierro en la parte de la cárcel reservada á los *separados*, es decir á los *reveladores*. Siempre que se pone en libertad á uno de estos presos, se evita, en cuanto es posible, la presencia de sus ex-colegas, quienes

serían capaces de hacerle alguna caricia como recuerdo de despedida.

Gracias á las precauciones tomadas, Loustalot pudo salir del depósito de los condenados sin tropiezo alguno.

Ya en la plaza, aspiró el aire con toda la fuerza de sus pulmones, contempló voluptuosamente la calle que se extendía ante su vista, y emprendió á correr sin dirigir una mirada de gratitud á aquella hospitalaria casa donde por espacio de un año había tenido habitación, alimento, aseo y ropa gratis.

Bajó alegremente y con paso ligero la calle de la Roquette, entró en el boulevard Voltaire, se internó en los grandes boulevares y se dirigió hacia la Magdalena. Este paseo por entre la multitud, hecho con toda libertad, le desvanecía. Todo le parecía nuevo. Hubiérase dicho que veía por primera vez los transeuntes, los coches, los ómnibus, las tiendas y los árboles. Las mujeres particularmente le parecían todas admirables. Hacía un año que no había visto á ninguna. Se hubiera arrojado delirante en brazos de cualquiera de ellas si no le hubiera asaltado el temor de ser nuevamente preso.

Pero, si no le estaba permitido detener á las mujeres para comunicarles su admiración, podía sin peligro entrar en los almacenes de vino, y se entregó repetidas veces á este placer. Su entusiasmo no tuvo límites, y al llegar al final del boulevard de los Italianos no andaba, nadaba en un mar de delicias.

Sin embargo, aunque ebrio de ambiente, de sol, de placer, de libertad y de vino, conser-

vaba razón bastante para seguir á la letra el itinerario que se había trazado hacia tiempo.

Detúvose un momento en la Nueva Opera, entró en la calle Auber, siguió por la del Havre, tomó el camino de hierro del Oeste y se informó de las horas de salida para Maisons-Laffitte. El tren de las tres y veinticinco iba á partir. Tomó un billete de tercera clase, entró en la sala de espera, y pocos momentos después viajaba por la línea del Havre. El tren arrastraba uno de esos grandes coches celulares que van frecuentemente desde París á la casa de reclusión de Poissy. Loustalot pasó con arrogancia por delante de aquella cárcel ambulante; pero vió á un guardia que iba á subir en el coche, y no pudo sustraerse á la costumbre de saludarle.

Media hora después, el recluso de la Grand-Roquette llegaba á Maisons-Laffitte, y sin necesidad de indicaciones atravesó el puente del camino de hierro, entró en la avenida de Longueil, se dirigió á la derecha y recorrió la calle de Paris hasta la senda que limita el Sena. Allí pareció vacilar, y, viendo á un hombre que estaba sentado cerca de la posada del Petit-Havre, se acercó á él y le preguntó por la casa de Papin.

—¿Papin?—dijo el hombre.—¿En qué se ocupa?

—Es jardinero.

—Papin... Papin... ¿No tiene otro nombre?

—Sí, se llama Carlos.

—¡Si hubierais empezado por ahí! Por Carlos le conozco... pero Papin... es difícil de rete-

ner. Aquí se acostumbra á llamar á los jardineros por su nombre. El que buscáis vive á la izquierda del camino que limita el Sena.

—¿Cómo reconoceré su casa?

—Fácilmente. Son pocos los vecinos. Pasad por el establecimiento de baños fríos, y un poco después, hacia la derecha, encontraréis al hombre que buscáis.

Dióle gracias Loustalot y emprendió el camino indicado. Según le habían dicho, no tardó en reconocer á Carlos Papin.

—¡Eh! Papin... ¡eh!... ¡eh!...—gritó el antiguo detenido para llamar la atención del jardinero.

El interpelado levantó la cabeza, reconoció al interpelante, frunció las cejas, y abandonando su trabajo se dirigió hacia el camino, en busca del que le llamaba.

—Parece que no te alegra verme—dijo Loustalot.—¡Yo que venía tan contento!... ¿Me has olvidado en un año?

—No te he olvidado.

—Entonces venga esa mano. ¡Qué diablo!... ¿caso te haces el interesante porque vengo de allá?

—¡Calla!—dijo Carlos mirando á su alrededor.

—Tranquilízate, no te comprometeré. ¿Qué necesidad tengo de decir á nadie de dónde vengo? Conozco á los campesinos. Tienen presentimientos, y, si me dejaras entrar en tu casa, estaríamos mejor.

—Vamos—dijo el jardinero, no muy contento.

Y condujo á Loustalot á la única habitación de su casa.

—No se está mal aquí—dijo el antiguo detenido.—El aire es puro y se respira bien. Resueltamente me decido á vivir en el campo y á trabajar. ¿Quieres ayudarme á buscar colocación?

—Imposible. Se sabrá de dónde vienes.

—No se sabrá. Nadie me conoce aquí, y si llega á saberse dices que lo ignorabas, que estabas equivocado.

—Vas á aburrirte en el campo—dijo Papin.

—No; mi salud lo exige. He estado muy enfermo. Me hace falta un trabajo que me obligue á mover los brazos y las piernas. Si quieres, puedes colocarme pronto; mi peculio asciende á ciento veinte francos... prueba de que soy un buen trabajador.

Carlos Papin había puesto en la mesa dos vasos y un litro de vino; pero la idea de Loustalot de establecerse en Maisons-Lafitte no le agradaba. Bebiendo con él decía:

—No te conviene el oficio de jardinero. Es muy triste. Se trabaja solo.

—Mejor: es lo que deseo. Huyo de las compañías y de los malos consejos. A tu lado no hay peligros. Te escurriste una vez, pero no has vuelto á caer. La prisión es muy dura para mí y tengo miedo de volver á la Central, ó de ser deportado á Caledonia como el pobre Blanchard.

—¡Calla!—exclamó el jardinero dando con el vaso sobre la mesa.

—Tienes razón—dijo Loustalot.—Perdona.

No me acordaba, y creía que ya habías olvidado...

—Jamás lo olvidaré—dijo Papin.

El detenido de la Roquette vació de un trago el vaso de vino y exclamó:

—¡Basta! ¡Aquello pasó! Han transcurrido cinco años, que ha estado en Clairvaux... Si está ahora en Noumea, no es por culpa tuya... lo será por la de él.

—No lo creo—dijo el jardinero, que había apoyado los codos sobre la mesa y tenía la cabeza entre las manos.

—¿De veras no lo crees? Pues bien, yo tampoco.

—¡Ah! ¿y por qué no lo crees?

—Porque su cómplice es un bribón que ha debido comprometerle.

—¿Has conocido á Jagon? ¿Estabais juntos en el encierro?

—No; pero antes de su condena fué á visitarme con el jefe de Seguridad, cuando sólo era un detenido.

—¿Y para qué te visitó?

—Para probar su identidad. La Justicia pensaba que el de Jagon no era su nombre verdadero.

—¿Tiene otro?

—¡Vaya!

—¿Le conoces?

—Sí.

—¿Y lo dijiste?

—No, puesto que ha sido juzgado y condenado bajo el nombre de Jagon.

—Y ¿por qué lo ocultaste?

—Porque tuve miedo. Me hubiera estrangulado si hubiese hablado.

—Pero, una vez condenado á muerte...

—Presumía que, merced á su talento, lograría la conmutación de la pena, y no me equivoqué, puesto que la ha alcanzado.

—¿Hablaste con él cuando dejó el Depósito para partir con los demás sentenciados?

—No, tonto. ¿De qué me hubiera servido? ¡Quién sabe lo que puede suceder! Mi vida es tan rara... Si volviera alguna vez por allá, desearía tener á Jagon por aliado más que por enemigo. Hay que saber pensar en este mundo. No en balde me llaman Loustalot *La Jugeotte*.

XXVII

Durante un año, Loustalot no había bebido en la cantina más que un vaso de vino en cada una de sus comidas. Desde el momento en que las puertas de la Grand-Roquette se abrieron para él, empezó á tomar la revancha; pero las libaciones hechas desde el boulevard Voltaire á la estación del Oeste, y las que hacia en casa de su amigo, después de una sobriedad prolongada, le sumieron en un estado muy próximo al de la embriaguez. Carlos Papin, por el contrario, no bebía. Sentado enfrente de Loustalot, ante la mesa de pino sobre la cual se hallaban el vino y los vasos, escuchaba al antiguo

detenido sin interrumpirle. Sin embargo, como éste apurase un segundo litro, le dijo:

—¿Hace mucho tiempo que conoces á Jagon?

—¡Ya lo creo! Como que puede decirse que hemos hechos juntos nuestras primeras armas... ¡Era un buen mozo, y listo como pocos! Nadie como él para hacer un buen negocio... ¡y una cabeza! ¡qué cabeza! ¡Ah! no se le podía contrariar. Yo lo intenté una vez... y aún tiemblo. Este recuerdo me ha hecho prudente.

Apuró otro vaso, hizo sonar su lengua contra el paladar y continuó:

—Y diestro... y astuto. Con él no había cuidado. Si no nos hubiéramos separado, otra sería mi suerte. Pero entregado á mí propio, en vez de eludir el *Código Penal*, como él aconsejaba, me metí dentro de él y pesqué mi primera condena, á la cual siguieron otras.

Dió un suspiro y continuó:

—Todo ha concluído: ya lo ves, todo ha concluído. Te lo he dicho, quiero colocarme. Estoy bajo la vigilancia, pero he prestado algunos servicios á la Administración y se me permite permanecer en Seine-et-Oise. Quiero dar ejemplo de todas las virtudes.

—¿Y por qué te separaste de tu compañero?

—Porque se empeñó en viajar y no pude acompañarle. Tenía yo en París afectos, relaciones y un *enredillo*, ¿entiendes? O se es ó no se es joven.

—Y después de su partida ¿no le volviste á ver?

—¿A quién, á mi *enredo*?—preguntó Loustalot cada vez más trastornado.

—A tu antiguo camarada... tu socio.

—No, porque no volvió á París, ó, si estuvo, yo me encontraba á la sombra en cualquier casa del Estado.

—¿Lo que no fué obstáculo para que le reconocieses cuando fué conducido al Depósito?

—¡Oh!... para esto había pasado poco tiempo. En seguida me dije: He aquí un antiguo compañero; pero... ¿lo creerás? me fué imposible recordar su nombre. Había en su cara algo que me desorientaba y que me impedía recordar. Era su barba, una poblada barba que desconocía. El jefe de Seguridad, tan astuto como él, lo comprendió. Hizo ir á un barbero y mandó que afeitara á nuestro hombre. Entonces...

—¿Entonces?... —preguntó Carlos Papin, que no perdía una sola palabra.

—Entonces recordé el nombre como por encanto... pero al propio tiempo enmudecí. Te habría pasado lo mismo si te hubiese mirado como me miró. No lo olvidaré: estaba amenazador, espantoso, terrible.

Apuró de un trago otro vaso de vino, para disipar sin duda la visión que le perseguía, y añadió para terminar:

—Ya te lo he dicho. Fingí no recordar, y no me arrepiento de ello.

El jardinero guardó silencio. Loustalot le preguntó con lágrimas en los ojos y con temblorosa voz:

—¿Acaso no apruebas la conducta de tu antiguo amigo *La Jugeotte*?

—Por el contrario: has hecho bien en guardar silencio ante la Policía y los demás dete-

nidos; pero hubieras podido sacar partido de tu discreción.

—¿Haciendo saber á Jagon que conocía su nombre verdadero?

—Justo.

—Pensé en ello; pero temí que, si otro lo descubría más adelante, se me achacaría el descubrimiento, y creí más hábil hacerme el ignorante aun para con Jagon.

Se levantó el jardinero, tomó un nuevo litro de vino de un pequeño armario de madera blanca que estaba á su espalda, y colocándolo sobre la mesa preguntó á Loustalot:

—¿Y también te harás el ignorante conmigo?

—Nunca: tú eres un compañero, un amigo en la vida y en la muerte.

Se apoderó de la botella; pero, en vez de decir su secreto, exclamó mirando á su anfitrión:

—¿Y qué te importa el nombre? Es un nombre como otro cualquiera y no te enseñará nada.

—¡Quién sabe! Tú mismo has dado á entender que Blanchard podría tener interés en conocerle.

—Cierto... pero Blanchard está sentenciado. ¿Para qué le ha de servir conocerle?

—Para su libertad quizás.

—¿Su libertad? ¡Tiene gracia! ¿Y quién se la devolvería?

—Dos protectores... hombres poderosos.

—¿Poderosos? ¿Tan bien relacionado estaba?

—Mucho... como yo.

—Lo ignoraba—dijo el antiguo detenido

mirando á Carlos con cierto respeto.—Tú trabajas en el parque de Maisons-Laffitte, en la colonia, como se llama á esto. Haces jardines á los ciudadanos. ¡Ah, Papin, mi buen Papin, no me separo de ti jamás! Es preciso que me coloques en este hermoso país... bajo esos grandes árboles... Tengo sed de naturaleza.

Y debía en aquel momento tener otro género de sed, porque se llevó de nuevo el vaso á los labios.

—Mas, á todo esto... no me dices el nombre—observó el jardinero.

—Voy á decírtelo, mi bravo Carlos. Pero me prometes protegerme, ¿no es cierto? ¿Me colocarás en una buena casa? Tranquilízate... no habrá por qué reprenderme. No cometeré indiscreción alguna. No abusaré de la ausencia de los amos, como en otro tiempo abusamos los dos. No me niegues lo que te pido. Yo he sido siempre reservado; nadie ha sabido que Blanchard ha pagado por nosotros.

Carlos Papin quiso imponerle silencio, pero Loustalot continuó:

—Si hubiera declarado, al ser reducido á prisión de nuevo por otra causa, nada hubiera perdido; al contrario, la Administración me colmaría de bondades, en la seguridad de lo inofensivo de mi carácter.

Levantóse Carlos, dió una vuelta alrededor de la mesa y, poniendo las manos en la espalda de su amigo, dijo:

—Añade que, no delatándome, conservabas un amparo y una defensa en mí. Siempre que sales de la cárcel vienes en mi busca á pedirme

protección y, para que no pueda negarme, me echas en cara el pasado.

—¡Ah, Carlos... mi querido Carlos! Puedes creer... He bebido quizás demasiado y...

—Cierto que has bebido en demasía, pero tu embriaguez no te hace olvidar tus intereses. Dices lo que quieres decir. Poco importa lo demás. Intentaré colocarte otra vez, reservándome tu vigilancia.

—¡Oh! es inútil—tartamudeó Loustalot,—estoy hecho un hombre hon... hon... honrado.

Tenía sobrados motivos para descomponer el adjetivo.

Retiróse el jardinero, y, después de haber tomado de un armario su traje de fiesta, se despojó del que usaba para el trabajo.

—¿Qué haces?—preguntó Loustalot, cuyos ojos empezaban á nublarse y cuyos codos se inclinaban hacia la mesa.

—Ya lo ves: me arreglo para ir al parque á ocuparme de ti.

—¡Ah!... ¡cuánto te agradezco!... Mientras tanto dor... dormiré.

—Como gustes. Pero antes dime el verdadero nombre de Jagon.

—¡Calle!... ¿No te lo he dicho?

—No.

—¡Es particular!... Yo creía... Cuando vuelvas te lo diré. Ahora no lo recuerdo; tengo mucho sueño.

El jardinero se adelantó hacia Loustalot, y sacudiéndole por un brazo le dijo:

—No dormirás sin haber antes hablado. ¿Cómo se llama? ¡Quiero saberlo!

—¿Me prometes no decir nunca á Jagon que te lo he revelado?

—Te lo juro.

—Pues bien. Se llama... Si... Si... Si... Simonnet.

—¿Simonnet?

—Eso. Déjame dormir.

—Duerme hasta mañana si quieres. Cierro. Si golpean, si me llaman, no abras.

—Tú lo has dicho—murmuró *La Jugeotte* desplomándose sobre la mesa.

Carlos Papin salió; cerró la puerta, anduvo su camino de doscientos metros y entró por un sendero hacia la derecha que debía conducirle al pueblo. No era el camino del parque, donde había dicho que se dirigía, sino el de la estación, donde realmente entraba.

Algunos minutos después, el tren de las seis le conducía á Paris. Ya en la calle de San Lázaro, entró en una peluquería para cortarse el pelo y la barba. Después, sin preguntar su dirección, sin vacilar, se dirigió á la calle de Surresnes y se paró ante la casa de la Gran Florina.

XXVIII

Quando el jardinero de Maisons-Laffitte se presentó á Florina, que acababa de comer, hallábase ésta sentada en una butaca á la chimenea.